



**UNHCR
ACNUR**

La Agencia de la ONU
para los Refugiados

ERIKA STOCKHOLM

ILUSTRACIONES DE ROXANA VÁSQUEZ

PABELLÓN

Y SUS AMIGOS GENIALES

PARTE II





ERIKA STOCKHOLM

ILUSTRACIONES DE ROXANA VÁSQUEZ

PABELLÓN Y SUS AMIGOS GENIALES

PARTE II



CAPÍTULO I

Pabellón, La Vicky, Martica y Juan vivían en San Juan de Miraflores. Alquilaban una casita muy pequeña, pero con muchas plantas. Martica, la niña, se acordaba siempre de regarlas para que estuvieran bien verdes. Así, su hogar se parecía lo más posible a su país, Venezuela, que tanto extrañaba.

Para La Vicky, la perrita peruana sin pelo, tener una casa y una familia

era algo nuevo, pero se acostumbró rápidamente a comer una comida caliente al día, a tener una camita propia, al cariño de Martica y, claro, a la compañía de Pabellón, su nuevo gran amigo perruno.

Aunque parecía que había pasado mucho tiempo desde que Pabellón llegó desde Venezuela buscando a su familia humana en el Perú, en realidad solo había pasado

un mes. Juan, el papá de Martica, pasaba el día entero fuera de casa. Hacía trabajos de todo tipo y, en la noche, vendía las deliciosas arepas que Martica preparaba después del colegio. Aunque Pabellón opinaba que lo que le salía más rico a Martica era el pabellón criollo. Él se volvió loco de alegría el día que Martica le preparó un suculento pabellón –con carne mechada y frijoles negros– para celebrar su llegada al Perú.

Fue la primera vez que La Vicky lo probaba y relamió hasta la última cariotica (frijol) en su plato.

–Es tan rico como mi causa de pollo. ¡Guau, guau, guau! –anunció La Vicky.

–Ya ves, te lo dije, ¡es buenísimo! ¡Es mi plato favorito del mundo mundial! –ladró Pabellón.





Cuando Martica llegaba del colegio, La Vicky se engreía con ella y repartía latigazos con su alegre cola. Pabellón se ponía inquieto cuando le caía uno de esos latigazos felices de La Vicky, pero bueno, se aguantaba, después de todo fue La Vicky quien le ayudó a encontrar a su familia en la enorme ciudad de Lima. Cuando La Vicky se ponía melosa con Martica y ellas no le prestaban atención, Pabellón se sentía echado de lado. Entonces se escapaba y aprovechaba para darse

una vuelta por el barrio.

Algunas personas se asomaban por la ventana para verlo pasar –es que iba a la moda con una bandana de colores y era tan bonito, con su pelaje tricolor, con su gran nariz y su cola paradita como un pincel–; otros, le hacían cariño en la calle; incluso alguno le dijo: «bienvenido, perrito lindo». Eso le gustó mucho, pues sentirse bienvenido era lo que ahora más quería.

En el barrio vivían perros de todo tipo, pero había un grupo muy curioso conocido como «Los temidos Viralata, Caco y Chancla». Ellos perseguían mototaxis y las hacían tambalear. Es que los tres juntos eran un terremoto. Viralata daba vuelta la basura y no había lata que no fuera virada (como su nombre lo indica). Caco perseguía a las señoras que volvían del mercado: las atareaba con su particular ladrido «¡caco-caco-caco!», algunas

saltaban del susto y si por casualidad se les caía de la canasta una papa, un tomate, o un pedazo de carne, entre los tres lo hacían desaparecer como por arte de magia. Chancla era más silenciosa; ella se acercaba sigilosa como una pantera a los restaurantes, se metía bajo las mesas y, al mínimo descuido, masticaba las chanclas de los comensales, en muchas ocasiones salía con una en el hocico; tenía un escondite con una variada colección de sayonaras.



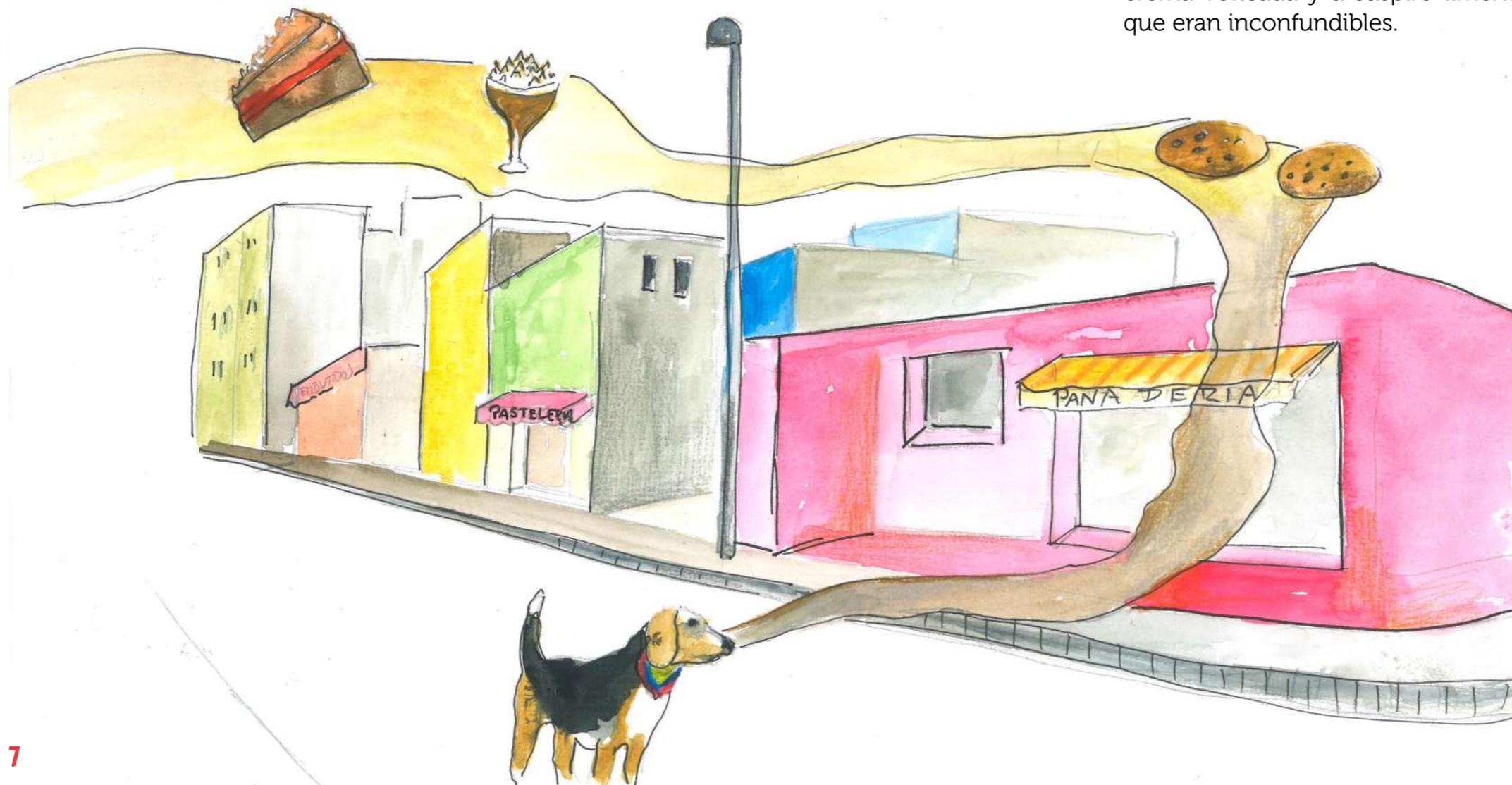
Pabellón paseaba por el barrio y usaba su gran nariz de sabueso que le servía de brújula. Cuando olía la presencia de Los temibles Viralata,

Caco y Chancla, los evitaba –por consejo de La Vicky– para no tener problemas. Pabellón iba olisqueando todo el camino. Ya reconocía dónde

estaba la panadería, con ese olor a pan de yema y a sándwiches triples. También ubicaba la tienda de dulces y tortas por ese olor a caramelo, a crema volteada y a suspiro limeño que eran inconfundibles.

Para Pabellón, el barrio estaba bastante bien, salvo por doña Gemebunda de la tienda de embutidos. Las tres veces que pasó por ahí, ella le puso mala cara y por eso Pabellón no se acercaba mucho a su tienda. Daba la impresión de ser de esas personas que solo comen embutidos. Sudaba mucho y se secaba las manos alisando su mandil. La doña era de rostro severo, con sus ojos saltones no se perdía nada de lo que estuviera ocurriendo, sus labios cerrados eran como un pequeño puño a punto de golpear.

–¡Fuchi, fuchi! Ni te acerques por aquí que ya conozco a tus dueños; ese Juan y esa Martica, ¡qué nombre raro que tiene esa niña!; no quiero que se acerquen a mi tienda, que por si acaso yo no fío. Además, vaya a ser que este perro me contagie algo, ¡quién sabe de dónde venga y qué costumbres tenga!



—Pero abue, ¿qué te ha hecho ese perrito? —preguntó la nieta de doña Gemebunda, asomando la cabeza por la puerta

—Ay, Gema, mi Gemita —respondió Gemebunda y sus labios apretados se dulcificaron—. Es que no conoces a esta gente. No te vayas a juntar con ellos. Además, últimamente se me están desapareciendo embutidos de la tienda —le secreteó—. No vaya a ser que sean ellos, no vaya a ser...

—Pero abue, no puedes acusar al perrito y a su familia por algo que no sabes si han hecho.

—¿Bueno, y tú no tienes que hacer tareas? —contestó Gemebunda y cambiando drásticamente de tono— ¡Anda, anda para adentro!, que después viene tu mamá a recogerte y dice que no has hecho nada —

volteó a mirar a Pabellón con sus ojos saltones de desprecio y con un largo «JUM» le dio la espalda y tiró la puerta.

—Pero si yo ni me pienso acercar..., con la cara de malvada que tiene la doña —ladró Pabellón bien fuerte y se escuchó hasta dentro de la tienda.

Felizmente doña Gemebunda no comprendía lo que Pabellón decía, pues solo Martica entendía lo que Pabellón ladraba. Pabellón se quedó pensativo...

—¿Martica, un nombre raro?, ¿y qué es eso de Gemebunda? —rumió.

Pabellón se dispuso a regresar a casa.



CAPÍTULO II

Los temidos Viralata, Caco y Chancla corrían y cargaban entre los tres una deliciosa tira de noventa succulentas salchichas. Sus ojos brillaban de emoción. Viralata iba adelante llevando el inicio de la tira e iba guiando a los otros dos. Caco iba en el medio. Chancla, que iba atrás, aprovechaba para ir masticando una sayonara que había encontrado, lo que entorpecía la huida. Caco volteó a mirar a Chancla.

—¡Chancla, no te pases! —le ladró, pero sonaba: caco-caco-caco—. Deja esa sayonara; mira lo que hiciste, se te cayeron dos salchichas, ¡caco-caco-caco!



—¡Compañeros no se distraigan! —ordenó Viralata—. ¿Qué son dos salchichas junto a las ochenta y ocho que nos quedan? ¡Corran!

Y así los tres corrieron haciendo volar las salchichas. Desaparecieron detrás de una casa y luego se fueron camino al cerro, a su escondite.

Pabellón estaba yendo a su casa cuando su nariz detectó el olor de salchichas. El perro, comandado por su nariz, corrió en zigzag por las cuadras... hasta que las encontró.

—Hum, qué delicia. Qué habré hecho para merecer este manjar. Yupi. Es que soy un perro bueno —se dijo Pabellón y se



zampó una de las salchichas. Iba a comerse la segunda, pero se acordó de La Vicky—. Esta salchicha se la dejo a mi querida amiga, aunque últimamente no me hace caso, todo el día quiere estar con Martica. Y Martica es mi amiga desde antes de que llegara ella. Pero, bueno ella me ayudó a encontrar a mi familia, además, una vez me invitó causa de pollo.

Mientras Pabellón se debatía entre comerse la salchicha o si llevársela a La Vicky, de pronto se apareció doña Gemebunda.



—¡Ajá, aquí está el choro! Lo sabía. Extranjero tenías que ser —gritó. Y lo agarró del cogote por la bandana. A jalones se lo llevó a la tienda de embutidos—. ¡Ahora vas a ver!

Lo encerró en el cuarto de las escobas. Y Gemebunda fue a buscar a Juan a su casa. Justo llegaba él para recoger las arepas de Martica cuando llegó la enojada mujer y a gritos le dijo que tendría que pagar las noventa salchichas si quería que les devolviera el perro.

Juan estaba furioso con Pabellón, pero pagó las salchichas, aunque se quedó debiendo veinte porque no le alcanzaba.

—Gemita, libera al perro —gritó Gemebunda desde afuera de la tienda. Y volvió hacia Juan y Martica y les gritó—: No quiero volver a verlos por aquí. Si lo hacen llamaré a la perrera para que se lleven a este perro.



Pabellón salió con la cola metida entre las patas, cabizbajo.

—Vamos, Pabellón, a la casa. Estás castigado. No vas a volver a salir solo nunca más —le gritó Juan.

—Pero, papá, seguro que tiene alguna explicación, ¿verdad, Pabellón? —argumentó Martica.

—Guau, guau, guauuuuu, guauuu —explicó Pabellón.

—¡Ajá! Ya ves, papá, Pabellón dice que...

—¡Qué explicación, ni qué explicación! ¡Pabellón está castigado! Todo el dinero que gané en la semana se fue por esta gracia. Además, así van a terminar por odiarnos en todo el barrio. ¿No queremos que pase eso, verdad, hija?

Pabellón se puso tan triste. Y caminando en silencio regresó con ellos de vuelta a casa.

Pasó una semana deprimido.

—Anímate, Pabellón. ¿Qué pasa, amigo? No me gusta verte así. ¿Sabes el chisme que oí decir a los otros perros del barrio? —le preguntó La Vicky. Al no tener respuesta de Pabellón, ella siguió hablando—. Pues que fue la banda de Los temidos los que se llevaron la enorme tira de salchichas.

—Mmm..., puede ser. Yo solo encontré dos salchichas en la calle. Lo juro. Me comí una y dejé una para ti.

—¿Para mí? —contestó La Vicky—. Ay, gracias. Voy a hacer de cuenta que me comí esa salchicha... Mmm... qué rica está —dijo mientras hacía la pantomima de que estaba comiendo la salchicha más rica del mundo.

Pabellón movió la cola.

—Me gusta verte así, más feliz. Pronto se le pasará el mal humor a Juan, ya verás.

Martica llegó del colegio.

—Hola, mis perritos lindos —dijo y abrazó a Pabellón y a La Vicky—.



¿Sabes?, viniendo a casa vi que doña Gemebunda estaba con la policía en la puerta de su local. Oí que le volvieron a robar a la doña. ¿Quién habrá sido? Voy a exigir a mi papá que te levante el castigo. Es obvio que tú no fuiste, estuviste encerrado todo este tiempo. Además, yo sabía que no eras tú. Se lo dije mil veces a mi papá. Ay, lo siento Pabellón, mi perrito lindo. Te amo.

Martica abrazó y besó a su perrito. Pabellón movió la cola y con treinta segundos de amor volvió a ser el mismo de siempre.

Mientras tanto, doña Gemebunda, que estaba furiosa, seguía convencida de que los extranjeros tenían algo que ver en la desaparición de la otra tira de salchichas. Y aunque Pabellón estuvo en casa todo este tiempo, no había quién le quitara esa idea errada de la cabeza. Así que ideó un plan para vengarse. Gema

estaba preocupada porque temía que su abuela hiciera algo terrible. Así que la siguió bien de cerca.

Cuando Juan volvió a casa. Martica le contó sobre el nuevo robo, así que él accedió a levantarle el castigo, pero le advirtió que no se acercara para nada a la tienda de esa señora.

Pabellón salió feliz a pasear, pero esta vez fue con La Vicky. Jugaron a perseguir mototaxis en la avenida San Juan. En poco tiempo llegaron hasta el parque de La Pileta. Ahí chapotearon en el agua. Pabellón se sacudió y le salpicó a La Vicky. Ella, como no tenía pelo, se secó rápidamente al sol. Un olor a algodón de caramelo se acercaba tentador. Las risas de los niños venían desde unos juegos mecánicos.

—Vamos, Pabellón, siempre he querido subirme a uno de esos —le animó La Vicky.

—¡Entonces, vamos! Hay que hacer de todo en esta vida, ¡yuju! —animó Pabellón.

Pabellón y La Vicky subieron sigilosamente en una oruga gigante que daba vueltas con un fondo musical.

—Extrañaba ir de aventuras, querido amigo.

—Sí, yo también. ¡Eres la mejor compañía!

—¡Pabellón y La Vicky al poder!
—gritaron al unísono. Y ladraron juntos.

¡Estaban felices! Los niños que iban sentados en otra oruga los saludaban. Ellos movían sus colitas. Pabellón aguantaba de buen agrado los incontrolables coletazos que le repartía La Vicky por lo feliz que estaba. Cuando paró la música y la oruga dejó de avanzar, saltaron y

salieron corriendo hasta un lugar con pasto. Se echaron a descansar a tomar el sol. Aprovecharon para comer un algodón de azúcar que se le había caído a un niño.

—¡Esto es vida!
—¡Sí!



Ahí fue cuando volvieron a ver de lejos a Los temidos. Ellos estaban volviendo a su guarida.

—Ay, tan bien que estábamos. Pabellón, ni se te ocurra acercarte. A esos, de lejitos nomás. No queremos más problemas.

—¡Pero por su culpa me castigaron a mí!

—Sí, pero no vayas donde ellos. Te juro que me molesto.

—Está bien, chama, solo porque no quiero que te molestes conmigo. Me gusta cuando somos amigos.

—A mí también —suspiró La Vicky.

Se dieron media vuelta y se dirigieron a la casa. Caminaban juntos moviendo sus colitas al compás. Unas cuadras más allá, al dar la vuelta en una esquina, se



encontraron cara a cara con doña Gemebunda.

—¡Es él! —anunció a unos guardias. Sus ojos estaban más saltones que nunca.

—¿Está segura, doña? —preguntó mientras le tiraba una pesada red encima de Pabellón—. ¿Y la perrita?

—Esa no; ella no es el problema.

—Muy bien. Nos llevamos a este villano a la perrera. No se preocupe, doña, no lo volverá a ver nunca más.

—Gracias, jefe. Aquí tiene unas salchichas para su almuerzo. Por mí que lo devuelvan a su país.

—¡Auu, auuu! —lloraba Pabellón y La Vicky le dio un sonoro latigazo con su cola al hombre que jalaba a su amigo con la red.

—¡Au! ¡Eso dolió! —gritó el guardia. Y le respondió con un manotazo que hizo volar a La Vicky—. No te metas —le ordenó, pero La Vicky se acercaba lentamente y gruñía—. Sino, también vas a terminar en la perrera y es un lugar horrible —decretó el guardia—. Te lo advierto. ¡Fuera! ¡¡¡Fueeeraaa!!!

La Vicky se detuvo y vio cómo los hombres metieron a su querido amigo en una camioneta y se fueron. Y por primera vez La Vicky vio sonreír a Gemebunda, le brilló el diente de oro.

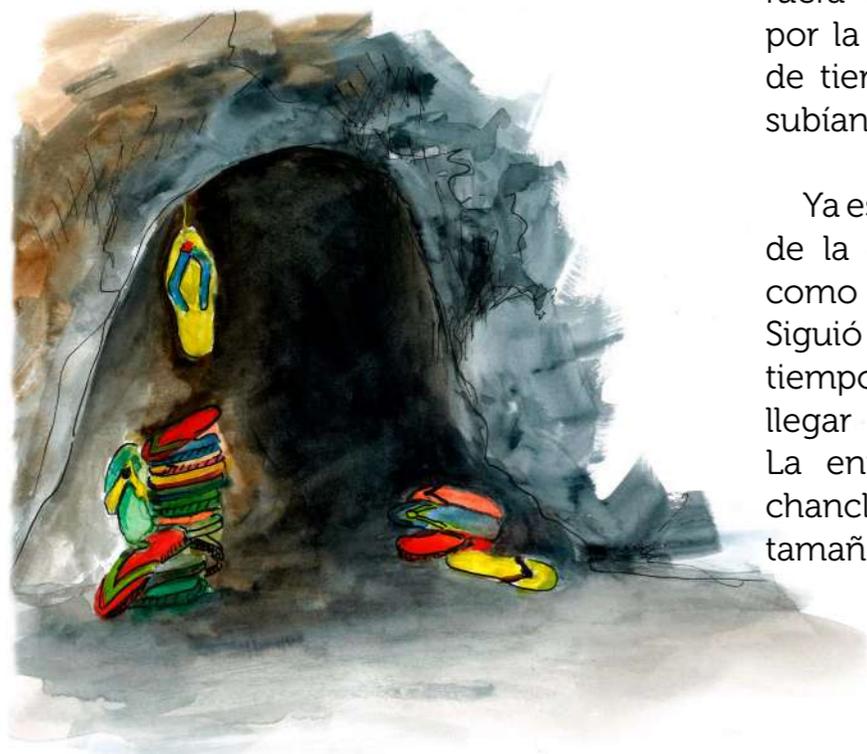
—¡Abuela, abuela! ¡Qué has hecho! —lloró Gema.

—Algo que tenía que haber hecho desde el primer día. ¿Y tú, qué haces aquí? ¿Has hecho tus tareas? Qué chiquilla. ¡Te he dicho que no puedes salir sin avisar! —dijo y se la llevó del brazo, de vuelta a la tienda.



CAPÍTULO III

La Vicky estaba desesperada. ¿Cómo iba a rescatar a Pabellón?, no sabía ni dónde quedaba esa perrera. Le indignaba que se lo hubieran llevado como a un criminal. Tomó una drástica decisión: ir en busca de Los temibles.



Volvió hasta el parque donde estuvo jugando con Pabellón y recorrió el camino hasta encontrar el olor de Viralata, Caco y Chancla. Si algo le había enseñado Pabellón era a encontrar pistas siguiendo olores. No fue tan difícil, pues ellos nunca habían tomado un baño. Y como si fuera una sabuesa fue olfateando por la avenida, siguió por un lugar de tierra y por unas escaleras que subían el cerro y de ahí por el arenal.

Ya estaba oscureciendo y las luces de la ciudad alumbraban el cerro como un nacimiento navideño. Siguió subiendo, olfateando todo el tiempo para no perder el rastro hasta llegar a una especie de caverna. La entrada estaba decorada con chanclas multicolores de todos los tamaños. Había llegado a la guarida de Viralata, Caco y Chancla.

—¡Caco caco caco! —ladró Caco—. ¿Qué haces aquí? Tú eres la amiga del extranjero, ¿no?

—Pues, sí. ¡Y el extranjero tiene nombre! Se llama Pabellón. ¡Y yo soy La Vicky!

Viralata salió medio dormido. Y Chancla se fastidió porque le interrumpieron su momento especial del día: la hora de mascar su chancla.

—Bueno y qué quieres de nosotros —preguntó Viralata mientras estiraba sus patas traseras para desentumecerlas.

—Pues, por la culpa de ustedes..., ¡se llevaron a Pabellón a la perrera! Doña Gemebunda llamó a la policía. Lo acusan de robar noventa salchichas. Y quien se las robó no fue él; fueron ustedes. ¡Son unos ladrones!

—Aguanta el coche, chochera —intervino Chancla—. No siempre las cosas son como parecen. Nosotros no somos ladrones.

—Claro que no —dijo Caco, mientras comía una salchicha—. Gema nos invita salchichas.

—¿Qué?, no lo puedo creer —respondió La Vicky.

—Pues lo que oyes, chochera. La niña nos invita porque sabe que no tenemos casa ni comida. Y dice que a su abuela le sobran las salchichas. Yo no soy ninguna ladrona.

—¿Y todas esas chanclas qué?, ¿no son robadas? —le ladró La Vicky—. ¡Grrrr!

—Grrr... —gruñó Chancla.

—Calma, chicas, calma. No se sofoquen. A ver, chica, ¿cómo te llamas? —preguntó Viralata calmadamente.

—¡Que ya lo dije antes! Tantas salchichas te están causando déficit de atención, ¿la grasa se te subió al cerebro? ¡Soy La Vicky! —dijo perdiendo la paciencia.

—A ver, La Vicky, disculpa, estaba haciendo mi siesta cuando llegaste. Y cuando duermo no retengo. ¿Te puedo invitar una salchicha? ¿Y te contamos todo tranquilamente?

La Vicky respiró hondo. Chancla respiró hondo. Caco respiró hondo. Y Viralata suspiró...

Hicieron una fogata y comieron salchichas. Los tres le contaron a La Vicky sus penurias y cómo, gracias a Gema, tenían comida. Que ella escogía las salchichas a punto de

expirar y que se las regalaba cuando la abuela tomaba la siesta. Los tres habían vivido siempre en la calle, nunca habían usado antipulgas y mucho menos habían sido vacunados. Nunca habían tenido una camita caliente. Que eso era de perros pitucos. Que ellos dormían

en un hueco en la tierra. Y que se hicieron amigos en la calle.

La Vicky sintió lástima por ellos. Recordó su pasado; antes de conocer a Pabellón vivía en la fría calle y comía lo que encontraba en los tachos de basura. Y sintió que era feliz en su nuevo hogar. Pero se

le estrujó el corazón al imaginar que Pabellón estaría ahora en una celda helada.

—Gema es una niña bien chévere, oye —dijo Chancla.

—Yo no sé qué haría sin Gema, y sin mis amigos —se lamentó dramático,



Caco—, me moriría, auuu, auuuu...

—Imaginen cómo me siento yo. Pabellón es mi mejor amigo. También siento que me muero —confesó La Vicky—. Auuu..., auuu...

—¿Qué es esto? ¿El momento filin? ¿Un concierto de llorones? ¡Parecen hienas! —les recriminó Chancla.

—A ver, Chancla, no seas tan dura, por favor —reclamó Viralata, luego se dirigió a La Vicky—: nosotros sabemos dónde queda esa perrera. Es un lugar horrible, huele a muerte —todos temblaron—. Si es que mis amigos están de acuerdo, te podríamos ayudar a rescatar a Pabellón.

Todos estaban de acuerdo. Partieron por el cerro en medio de la noche. Veían el camino gracias a la luz de la luna.



CAPÍTULO IV

Se acercaron a la perrera. Estaba rodeada de alambres de púas.

—Guau. Y ahora cómo hacemos para entrar —susurró La Vicky. Chancla levantó una ceja y, con maestría, colocó la chancla que llevaba para separar los alambres de púas. La chancla quedó parada firme bien enganchada a las

púas entre dos alambres, lo que generó un hueco por donde pasar.

—Vamos, chochera, hay que entrar a salvar a tu amigo.

La Vicky pasó primero, luego Chancla, Caco de un salto estuvo dentro, y Viralata tuvo más dificultad por ser más grande.



—Estamos todos dentro, ¡yuju!, ¡caco caco caco!

—Silencio, Caco —le advirtió Viralata—, cuando sueltas tu «caco caco» se oye fuerte. Control, más control, por favor.

Ramparon hasta los caniles. Hacía frío y olía a humedad. Y ahí estaba Pabellón dentro de un canil cerrado con un candado. Apoyaba su cara entre sus patas, su barbilla reposaba en el cemento áspero del piso.

—¡Hey!, ¡Pabellón!

—¡La Vicky! ¡Guau, guau, guau!
—Pabellón movió su cola.

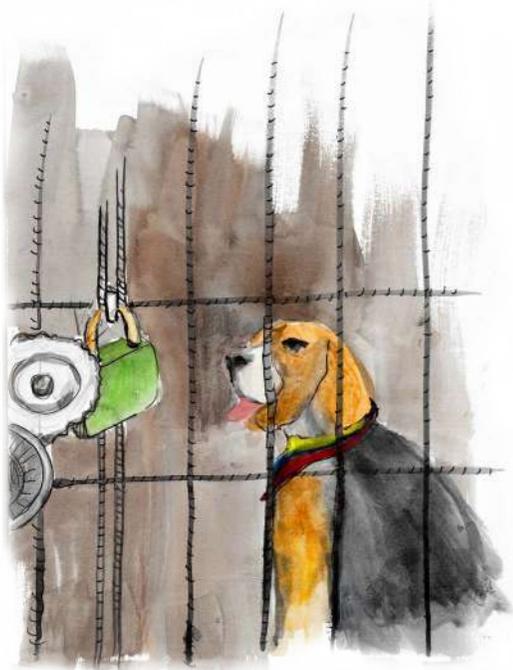
—¡Hola, querido amigo! —dijo La Vicky—. Mira, he venido con Los temibles.



—¡Qué! ¿No decías que no me acerque a ellos?

—Es una larga historia, nada es como parece. Nos están ayudando.

Viralata se acercó solemne con su lata en el hocico. La tapa de la lata era como una sierra, se veía que por ahí pasó un torpe abrelatas. Viralata, con paciencia, comenzó a serrar el candado. Ras, ras-ras-ras, sonaba la fricción de la lata con el acero. Poco a poco se fue desgastando el candado. Todos, sentados, miraban la maniobra de Viralata. Ras-ras-ras...



—Apúrate, Viralata, que este sitio me da miedo. ¡Caco caco caco!

—¡Shh!, Caco, necesito calma.

—Sí, con calma, pero rápido, chochera —recomendó Chancía.

Ras-ras-ras..., y de pronto, se rompió el candado. Pabellón empujó la reja de su canil.

—¡Gracias, amigos! —dijo Pabellón.

—Vámonos —comandó Viralata. Y todos lo siguieron.

—Qué emoción, ya estamos casi fuera, vamos a poder volver a nuestro hogar dulce hogar... ¡Caco caco caco!

—¡Shh! Silencio, Caco.

Se dirigían hacia el hueco que habían dejado, pero cuando

llegaron ahí... fueron sorprendidos. Un guardia tenía la chancía en una mano y en la otra una linterna. Fue muy tarde para reaccionar, pues les cayó una red pesada encima. Los cinco fueron capturados.

—¡Ja, ja, ja! Estos cinco pulguitos creyeron que se escaparían. ¡Con la bulla que hacen! ¡Ja, ja, ja! Al calabozo. Aquí se quedan como ratas —les gritó uno de los guardias y

los arreó con un látigo para adentro de una celda.

—Estos no tienen nadie que los reclame. Es su fin —dijo el otro guardia panzón—. Oe, ya me dio hambre, ¿te quedan salchichas de la doña? —preguntó mientras se agachaba a las justas para colocar un enorme candado a la reja de la cárcel.



CAPÍTULO V

Martica no fue al colegio. No había podido dormir toda la noche. Estuvo muy angustiada por Pabellón y La Vicky. Así que a primera hora salió a buscarlos por el barrio. Al no encontrarlos, pegó carteles en los postes: «Se busca a Pabellón y a La Vicky. Se dará recompensa (ricas arepas por una semana).»

—¡Pabellón, La Vicky!, ¿dónde están? —gritaba entre lágrimas—. ¡Pabellón, La Vicky!

Se fue acercando a la tienda de embutidos mientras gritaba sus nombres. Gema salió muy preocupada de la tienda y le hizo una señal a Martica para que guardara silencio.

SE BUSCA A PABELLÓN Y LA VICKY

RECOMPENSA:
RICAS AREPAS



—Martica, yo sé donde está Pabellón. Vámonos de aquí para que mi abuela no nos vea.

Se alejaron de la tienda y Gema le contó a Martica que Pabellón estaba en la perrera. Que la abuela lo había mandado ahí, pero que la acompañaría a sacar a Pabellón.

—Me siento muy mal, porque yo soy la que sacaba los embutidos para los perritos.

—¿Tú?

—Me moría de pena de que no tuvieran qué comer.

—¿Y por qué no dijiste nada cuando acusaron a Pabellón?

—Si se enteraba la abuela, yo no iba a poder sacar más salchichas. Y los pobres Viralata, Caco y Chancla se



morirían de hambre. Mi abuela odia los perros, los gatos, los pajaritos, todo. A los chanchos los ama, pero solo para comérselos —concluyó con tristeza Gema.

—Y La Vicky, ¿sabes algo de ella?

—No sé nada.

Martica y Gema llegaron a la perrera. Y Martica exigió que le devolvieran a su perro. Los guardias las llevaron a la celda donde estaban los cinco. Los perros se pusieron locos de alegría cuando las vieron.



Ladraron como si no hubiera un mañana.

—¡Pabellón!, ¡La Vicky! —los llamó con emoción Martica—. Señor, esa perrita sin pelo peruana también es mía.

El guardia dejó salir a Pabellón y a La Vicky.

—Jefe, también libere a Viralata, Caco y Chancla —exigió Gema.

—A esos tres, ni hablar. Hace tiempo que les tengo puesto el ojo encima. Solo fastidian en la calle. Hasta el sindicato de mototaxis ha puesto su denuncia. Puedo devolver los perros que tienen un dueño que se haga cargo. A los que no tengan dueño, no. ¡He dicho!

Entonces Martica tuvo una idea y le secreteó a Gema. Gema esbozó una gran sonrisa.

—Jefe, Martica y yo nos haremos cargo. Los desparasitaremos, les pondremos sus antipulgas, y los vacunaremos. Ah, pero antes los bañaremos —los tres metieron las colas—. Y juramos solemnemente que los daremos en adopción; les buscaremos un hogar que los quiera —Viralata, Caco y Chancla levantaron las orejas.

—Si no cumplen lo dicho, en una semana estarán estos tres aquí de nuevo y no los volverán a ver nunca más —sentenció el guardia y les abrió la puerta a los tres.

Los cinco salieron felices de la perrera. Pero antes, Chancla recogió su sayonara que el guardia había tirado junto al tacho de basura. Martica y Gema se dieron un largo abrazo. Cuando llegaron a la casa de Martica los bañaron. Los temibles estaban tan sucios que tuvieron que lavarlos cinco veces con champú.

Estaban irreconocibles. Quedaron hermosos, pero ellos no pensaron lo mismo. Aunque, cuando les pusieron una bandana alrededor del cuello se sintieron arrasadores.

Martica y Gema montaron una feria canina en la puerta. Pusieron un toldo y un cartel que decía: «En adopción responsable». Y Los temibles, aunque con el nuevo look no tenían nada de “temibles”, fueron puestos en exhibición. Los sentaron en fila sobre unos cojines.

Esa misma tarde, una señora con su hijita adoptaron a Chancla. Chancla se animó cuando vio que ambas iban en sayonaras.

—Me voy antes de que mi abuela se entere de que salí sin permiso. Vuelvo mañana para encargarme de la feria canina.

—Gracias, Gema. Eres la mejor —le dijo Martica y Gema la abrazó.

Al día siguiente, un hombre ciego que caminaba con un bastón, al escuchar a las niñas anunciar a todo pulmón que tenían perritos en adopción, preguntó si tenían un perro guía.

—Señor, qué suerte que tiene —dijo Gema—, ¡tenemos al mejor perro guía de San Juan!



ADOPCIÓN RESPONSABLE

Ese fue el instante en que Viralata se convirtió en perro guía, aunque él no entendía cuál era su labor y lo llevaba al pobre señor por todos los tachos de basura.

Pero nadie adoptaba a Caco. Pues con su ladrido asustaba a todos. Y si bien a él, al principio, no le había hecho ninguna gracia que lo pusieran en adopción, ahora se sentía menospreciado.

—Pobre Caco, nadie lo quiere, y es tan lindo. Si nadie lo adopta se lo va a llevar la perrera.

—¡Caco caco caco! —ladró asustado. Se le acurrucó a Gema para esconderse.

—Ay, qué bello es. ¿Sabes, Martica? Me lo llevo yo.

—¿¡En serio!?, ¿tu abuela no se va a enojar?

—Pues, seguro que sí. Pero mi mami siempre quiso tener un perrito y mi abuela nunca le dejó. Así que este también será su primer perro —dijo Gema con una sonrisa tierna y abrazó a su nuevo perrito.

Caco se puso tan feliz. Y pensó en todas las salchichas que tenía su nueva "abuela".

Al día siguiente, sonó el timbre con insistencia. Martica corrió un poco

la cortina para ver quién tocaba, pero vio que era doña Gemebunda. Martica se alejó de la ventana. No quería abrirle. Pero Pabellón y La Vicky ladraban por la insistencia del timbre. Así que no le quedó de otra que abrir la puerta a la señora.

—Buenos días, Martica.

—Buenos días, doña Gemebunda. Por si acaso mis perros están aquí en casa y no se han acercado a su tienda...

—Sí, sí, lo sé —contestó con esfuerzo—. Gema me contó todo sobre la desaparición de las salchichas. Está castigada por salir sin permiso y por regalar mis salchichas, ah, ¡y por adoptar un perro sin consultar primero!

—Pobre Gema.

—¿Pobre? Qué pobre ni qué pobre, esa chiquilla. Bueno, bueno... —dijo

aclarando la garganta—. No es fácil para mí venir aquí. Lo que quiero es pedir disculpas —se permitió un largo silencio—. Me equivoqué. No debí echarles la culpa a ustedes sin antes averiguar bien. Es que la gente habla cosas horribles de los extranjeros, y pensé que todos eran iguales. Y me dio miedo. Me dejé llevar por las chismosas del barrio. Lo siento.

—Está bien, doña Gemebunda. Disculpas aceptadas..., pero si deja que Gema y yo seamos amigas.

—¿Amigas? Mmm..., está bien, pero que no salga Gemita sin pedir permiso. ¡Y ni un perro más! Ah, les traje esto de regalo —le alcanzó una bolsa de salchichas—. Que las disfruten. Dile a tu padre que puede venir a la tienda que le voy a devolver el dinero que me dio.

—Gracias, doña Gemebunda.

Como Viralata, Caco y Chancla vivían muy cerca, todos los días se juntaban para saludarse y contarse sobre sus nuevas vidas. Desde esa noche que pasaron en la celda se hicieron inseparables de Pabellón y de La Vicky. Nada como hacerse amigos en la adversidad.

Una tarde, los cinco fueron de regreso a la guarida. Es que Chancla sentía nostalgia de sus sayonaras. En el camino, en la avenida San Juan, mientras esperaban para cruzar la calle, vieron que un camión lleno de sacos venía a toda velocidad. Estaba haciendo carreras con un bus (muy, muy mal, lo sé). El camión se tambaleaba por todo el peso de los costales que llevaba encima. Cuando pasó torpemente por el rompemuella se le cayó un costal a la pista.

—¡Salvemos el costal! —dijo la orden Viralata. Y los cinco se lanzaron por



el costal y lo arrastraron a la vereda, justo antes de que le pasara un carro encima.

Los cinco miraron el costal como si fuera un botín. Lo abrieron... y había muchos frijoles.

—Qué mala pata, chocheras. ¿Qué vamos a hacer con esto? —reclamó Chancla.

—Yo las como crudas, no son tan malas, ¡caco caco caco!

—Guau, guau, guau. Yo sé qué podemos hacer con estas carioticas —opinó Pabellón.

—¿Qué es eso de carioticas, Pabellón? Estos son frijoles de toda la vida —aclaró Viralata.

—Es que en Venezuela les llaman así a los frijoles —rio La Vicky.

Entre los cinco arrastraron el costal y se lo dieron de regalo a Martica. ¡Qué feliz se puso! Preparó el pabellón criollo más grande de su vida. Como no tenía carne mechada, aprovechó que tenía salchichas para acompañarlo. Era tan grande su olla que invitó a toda la cuadra y a las familias que adoptaron a Viralata, Caco y Chancla.

Juan acomodó la mesa en la calle. Martica la decoró con banderitas de Perú y Venezuela. La Vicky cuidaba la mesa, con su cola espantaba cualquier mosca que se acercara. ¿Y saben qué? Gema se apareció con su mamá y se la presentó al papá de Martica. Los dos se gustaron mucho.

Pero al rato, también apareció doña Gemebunda. A Juan se le fue



la sonrisa, pero igual le alcanzó, amablemente, una silla. Y ella sonrió y mostró su diente de oro.

Pabellón ladraba de alegría. Estaba feliz de poder compartir su plato favorito del mundo mundial con sus amigos geniales.

FIN



Dedicado a todas las niñas y niños peruanos y venezolanos que ahora son amigos.

Título: *Pabellón y sus amigos geniales*

Autora: Erika Stockholm

Ilustradora: Roxana Vásquez

Diagramación: Valeria Yori

Equipo de producción: Andrea Swayne y Emily Alvarez

Cuidado de texto: Fiorella Bravo

Editado por:
ACNUR, La Agencia de la ONU para los Refugiados
Av. José Pardo 1540, Miraflores
Lima, Perú

Primera edición - diciembre 2022
4,000 ejemplares

ERIKA STOCKHOLM

Peruana, escritora de literatura infantil y juvenil, guionista, productora teatral, actriz, cuentacuentos, presentadora de televisión y presidente de la Asociación Cultural ¡Al teatro por primera vez!, orientada a llevar a niños de escasos recursos y de poblaciones vulnerables al teatro por primera vez.



ROXANA VÁSQUEZ

Peruana, artista plástica, dedicada a la educación artística desde 1999, con experiencia en la aplicación e implementación de todos los programas del Bachillerato Internacional en Artes Visuales en la Escuela; Programa del Diploma (DP), Programa de los Años Intermedios (PAI) y Programa de la Escuela Primaria (PEP).

**HOLA, AMIGOS. SOY YO DE NUEVO:
¡PABELLÓN, EL PERRO SABUESO!**

**VINE DESDE VENEZUELA BUSCANDO A MI
FAMILIA HUMANA Y ESTOY FELIZ PORQUE
LA ENCONTRÉ; AUNQUE NO TODO FUE
FÁCIL AL PRINCIPIO. ¡LO BUENO ES QUE
HICE AMIGOS MARAVILLOSOS!**

**ACOMPÁÑENME POR ESTA NUEVA
AVENTURA EN EL PERÚ.**



ACNUR, La Agencia de la ONU para los Refugiados, ha ayudado a millones de personas a recomenzar sus vidas. Estas incluyen a personas refugiadas, retornadas, apátridas, desplazadas internas y solicitantes de asilo. Sus labores de protección, albergue, salud y educación han sido cruciales, ayudando a restaurar pasados destruidos y construyendo futuros más prometedores.